

de cocina» y escombros de varios kachims prehistóricos, está persuadido que esas residencias eran habitadas simultáneamente por los vivos y los muertos. Si uno de los habitantes moría, sobre el sitio que ocupaba de costumbre se cavaba un pozo, se le depositaba allí, se le cubría de tierra; dos pies de arcilla separaban los muertos de los vivos... No decimos nada en contra.

Ningún otro fuego hay más que la llamita de las lámparas que funden el hielo para procurarse agua potable; el calor de todos esos cuerpos vivos apretados en un pequeño espacio (tales son esos cercados habitados por dos ó trescientas personas) es bastante para hacer subir la temperatura á un grado tan elevado que toda esa gente, hombres y mujeres, niños y niñas, han de despojarse de sus vestidos.

Nada nos extraña más á nosotros, civilizados de Europa, viejos de una cultura relativa de treinta siglos próximamente, que la ausencia de pudor, la inocencia paradisiaca de la mayoría de esos hiperbóreos, acostumbrados á la desnudez casi constante en la casa común, bañándose juntos, como no hace mucho japonesas y japoneses, sin pensar en mal. No existe función fisiológica ó necesidad natural cuya satisfacción en público les contraríe. «Una costumbre no tiene nada de indecente cuando es universal,» observa filosóficamente uno de nuestros viajeros (Dall). Añadamos que el aleuta, persona curiosa, se presenta á veces tan reservado que nos sorprende y escandaliza casi; por ejemplo, delante de un extranjero no osaría dirigir una

palabra á su mujer, ni solicitar de ella el más pequeño servicio.

Aunque generalmente sucios, estas gentes tienen, como los inoítas y la mayor parte de los indios, la pasión por los baños de vapor, para los cuales el kachim tiene su instalación siempre dispuesta. Con la orina, que ellos recojen cuidadosamente para la operación de tenería, se frotan el cuerpo; el álcali, mezclándose con la transpiración y los aceites de que el cuerpo está impregnado, limpian su piel como pudieran hacerlo con jabón; el olor acre de ese licor pútrido parece serles grato, pero á los extranjeros les produce escozores en la garganta, retroceden sofocados y les cuesta no poco trabajo acostumbrarse (Zagoskine).

— ¡Horror!

— ¡Horror! sí, para los que no carecen de una buena pastilla de jabón en su lavabo; ¿pero y los que no conocen ese detergente? Aquellos y aquellas que la poseen, ignoran tal vez que los guantes, artículo de gran lujo y alta elegancia, hecho para cubrir blancas manos y lindos brazos, están embebidos de una yema de huevo con una gran adición del precitado líquido; preparación indispensable, según parece, para producir en las pieles la finura y elasticidad deseada. Largo tiempo esta misma substancia comunicó á las cortezas del holandá su bello color anaranjado, y al tabaco de Virginia algo de su aroma penetrante. Aun hoy, en varios países civilizados — en París mismo, — muchos individuos no acostumbrados á la glicerina batida y á la leche de almendras amargas, conservan un prejuicio

en favor de la loción aleuta, que limpiaría mejor que ninguna otra substancia y hasta conservaría la salud; aserción contestada por los médicos que atribuían á esta agua de *toilette* ciertos casos de envenenamiento y de oftalmia purulenta. «Limpiar sus dientes con la orina, moda española,» dice Erasmo (1). Los españoles la habían heredado de sus antepasados prehistóricos:

«Para lavarse y limpiarse los dientes, los cántabros, hombres y mujeres, empleaban la orina que habían dejado descomponer en un depósito.» (Strabón).

«Aunque cuidadosos de su persona y limpios en su modo de vivir, los celtíberos se lavan todo su cuerpo con orina, frotándose hasta los dientes, creyendo eso como medio excelente de conservar la salud del cuerpo.» (Diodoro).

Nadie se extrañará que los ouahabitas y los ou-gogos del Africa oriental hagan aún hoy lo mismo. Pero se tienen sus preferencias. Así, por ejemplo, árabes y beduínos buscan la orina de las camellas; los banáanas del Momba se lavan la cara con orinas de vaca, porque, según ellos dicen, la vaca es su madre. Dicha substancia se emplea también por las siberianas contra las manchas rosáceas. Los clersuras del Cáucaso la encuentran excelente para conservar la salud y desarrollar la abundancia del cabello. Con este objeto recojen cuidadosamente el purin de los establos, pero el líquido, aun impregnado del calor vital, pasa por ser el más enérgico. Las ordeñadoras halagan á la bestia, le silban

(1) *De civilitate morum puerilium.*

una tonadilla, cosquillean ciertos órganos, y en el preciso momento alargan la cabeza para recibir el líquido que se derrama; la madre amante de sus pequeños hace inundar la cabeza de éstos al mismo tiempo que la suya.

Tales fueron, tales son los comienzos de la limpieza del cuerpo. La industria aleuta representa exactamente la que se poseía en la edad del reno. Así lo dice Mr. Cartailhac, hombre competente.

Esta industria era bien primitiva, ciertamente. Quien tenía necesidad de cola se daba un fuerte puñetazo en la nariz, sabiendo que la sangre es una materia aglutinante. Actualmente las gentes están más bien provistas. Habitación, herramientas, mobiliario, costumbres y religión, se inspiraron rápidamente en los modelos llevados por los comerciantes rusos y que impusieron los conquistadores. Las mercancías que provienen de América han substituído á las que provenían de Petersburgo y Moscou. Los tejidos de paño, hasta la lencería, invaden los roperos, pero no pueden substituir enteramente á las pieles del país. Las mujeres tienen excelentes razones para no abandonar completamente un vestido que les sienta admirablemente, y que ellas adornan con cintas y pedrería barata. También los hombres han continuado fieles al vestido con plumas de pájaros marinos, sobre las cuales el agua resbala sin mojar. Su calzado es de piel de pescado, pero esos zapatos no deben acercarse al fuego, bajo pena de deformarse y reblandecerse; en pocos instantes quedaría fuera de uso. Se llevan medias tejidas con cierta hier-

ba de los pantanos. Con los despojos de los esturiones se confeccionan mantones bastante convenientes. Los hombres se rebozan gustosos con una piel de lobo en la que está la cabeza y la cola del animal.

Hasta no ha mucho, los aleutas se singularizaban por su pasión hacia los vestidos y el tatuaje; pero la cruel opresión que han sufrido les ha hecho perder esta vanidad. Si se restregan alguna vez la cara con colores ó con carbón, es menos para embellecerse que para preservarse contra las sales marinas que en evaporación van á depositarse sobre la piel produciendo irritaciones dolorosas. La mayor parte de los esquimales se taracean aún la frente, los carrillos y la barbilla; las mujeres casadas reivindican el privilegio, y lo convierten en «signo de alta distinción», decían ellas á Hall. Antes los aleutas se grababan en la cara figuras de peces y aves, según Malte-Brun; «las hijas de familias ricas y distinguidas» preferían representarse en sus taraceos los grandes hechos de sus antepasados, por medio de dibujos y signos variados que expresaban simbólicamente el número de enemigos vencidos y de animales muertos. Con un cortante de sílex se despojaban del cabello, las mujeres se rascaban la parte frontal, y los hombres se dejaban crecer una soberbia vedeja; estos, además, se agujereaban el labio inferior y las orejas para colocarse pequeñas conchas, piedras delgaditas ó hebitas rojas de lana, indicadores de algún acto heroico; ó bien aun se ensanchaban las narices, ya de sí bastante anchas, para colocarse un pequeño hueso, grueso como el tubo de una pluma, pues ellos tampoco eran insen-

sibles á los encantos de la belleza. Celosas de esta vanidad, sus dulces esposas llevaban al cuello, como en las manos y los pies, piedras coloradas y amuletos de ámbar; pero las infelices se introducían en el labio inferior un labro ó pequeño cilindro de nácar ó madera que, teniendo la boca siempre abierta, hace que la saliva les caiga constantemente sobre la barbilla. Y no son los aleutas, thlinkets y diversos inoítas los únicos que se afean con labros; los botocudos y numerosos africanos son también partidarios de ese apéndice que deshonra la figura humana. ¡Y decir que á ellos les parece bellamente atractivo ese feo *pegote*, incómodo y absurdo hasta lo inexplicable! La cosa existe; tiene, pues, su razón de ser, según expresión de Leibnitz.

La reverberación del sol sobre la nieve y las olas deslumbra los ojos y los ciegos: se los protegen por medio de enormes anteojos, de aspecto fantástico, ó por medio de un casco de cuero ó madera, provisto de ancha visera, que recuerda aquel con que el excelente Damiér gratificaba á los académicos y miembros del Instituto. Los indígenas fabrican este artículo con madera que les llega de aguas de China ó del Japón, reblandida por la larga flotación; le dan la curva deseada y luego la dejan secar. Ese casco afecta varias formas, diversos colores; lo más frecuente es que sea moteado de blanco y azul claro, ó bien ocre y rojo; esculturas en márfil adornan la cimera, por atrás lleva un plumero y por delante erizado con pelos de oso, de barbas y bigotes cogidos á las focas y otarias, cuya jeta ha sido reproducida con fidelidad ingenua que encanta á los cono-

dores. Ya Cook había observado el gusto con que acababan esas obras; la mayor parte de los visitantes reproducen el mismo testimonio y alaban la delicadeza del dibujo. Un mestizo, Krioukof, pintaba al temple retratos de un parecido sorprendente, y Chamisso determinó nueve especies de delfines y ballenas por las imágenes que habían hecho los indígenas. Dotados en grado superior del talento de imitación, aprendieron de los rusos, con sólo mirar, casi todos los oficios manuales. Se han hecho jugadores apasionados de ajedrez. Llegan á dominar la lectura y escritura casi jugando. Los niños parecen aptos para comprender las matemáticas elementales, y, lo que encantaba al bueno de Venjaminof, parecían comprender los dogmas de la religión cristiana.

Con las máscaras de que hemos hablado disfrazan á las hijas cuando llegan á la pubertad, época crítica durante la cual se las encierra á distancia de las habitaciones y se las somete á una higiene y alimentación especial. Los kolocos encarecen esas precauciones encerrándolas en casas de mimbre. Grotescos cobertores las priva de ser vistas y de ver ellas; temen que la mirada, la sola mirada de esas desgraciadas, empañe la luz del día, produzca desgracia á todo y á todos á su alrededor; parecen considerarlas como vampiros.

Ese pueblo se le considera porque parece haberse elevado hasta el casamiento. ¡Sea! ¡Pero qué casamiento!

En Aleutia, los parientes más próximos contratan la unión, el hermano con la hermana y á veces el padre con la hija. «Langsdorf reprochaba estas uniones á un aleuta, que le respondió: ¿Y por qué no? Las nutrias hacen lo mismo.»

El galán se presenta con un regalo — cualquier bagatela — en casa de los suegros, que hacen á la joven la señal de seguir al joven, y negocio concluido. En algunos distritos, especialmente en la isla Ounamartch, las mujeres sirven de moneda corriente, regulan las ventas y compras. «Se han entregado tantos zorros azules, tantas cibelinas, ello vale tanto en mujeres.» Entendiéndose bien que esta moneda no es más que convencional. Para comprar y pagar las diferencias, no es necesario llevar tras sí un rebaño femenino.

Una palabra basta para establecer el contrato, una palabra para establecer el divorcio, los niños siguen á la madre ó son recogidos por el tío materno. La institución matrimonial no ha sido inventada para producir desagrado á esas gentes. Entre esposos escasos ó nulos celos. Como entre muchos salvajes y no pocos semicivilizados, el esposo sería un mal educado si no ofreciera la hospitalidad al visitante y dormir con su cónyuge ó con la hija menos huraña. Siguiendo sus conveniencias, los casados trocan sus mujeres, las cambian, las alquilan á bajo precio. En tiempo en que la administración rusa no acordaba á sus empleados más que ocho vasos de ron por año, un hombre entregaba su mujer por unas cuantas gotas del divino licor.

El jefe de familia daba el nombre de «Madre» á la

esposa preferida, la cual titulaba «Padre» no sólo á su marido, sino también á su hijo mayor, y calificaba también de «Madre» á la hija de mayor edad (Venjaminot). El informe sugiere reflexiones que podrían llevarnos lejos... pero no elevemos obra inútil sobre base frágil.

La monogamia es la regla, pero con frecuentes excepciones: los hombres mueren muy pronto corriendo los peligros del mar. Las viudas y los huérfanos son grave cuidado en tiempos de escasez. El pescador que vuelve con la barca llena, puede dirigir su mirada hacia la muchacha que ha perdido su padre, sentir piedad por las viudas que amamantan un pequeño: tendrá chozas separadas y varias familias á que atender. Así es como la poliandria se extiende con la poligamia. Pero esta poligamia es más bien una obligación moral que busca de un placer, y representa un cúmulo de cargas que es preciso tener corazón para aceptar y carácter para sostener día tras día.

Por lo demás, esos hiperbóreos no encuentran nada extraño que una aleuta declare que un solo marido no puede contentarla. En otro tiempo, las florentinas de buenas casas ponían como cláusula en el contrato nupcial el reconocimiento de su derecho á tomar un amante público cuando á ella le pluguiese. Del mismo modo, las jóvenes aleutas gozan, durante su mocedad, de una libertad de la que hacen amplio uso, reservándose, para los esposorios, la facultad de tener un chichisveo.

El «ayudante», término oficial, reemplaza al amo en todos sus derechos y deberes, servicios activos y pasivos, y viene obligado á subvenir á todas las necesida-

des domésticas y alimentación de los niños. Las mujeres así atendidas pasan por bien dichosas y gozan de una consideración distinguida. La presencia del ayudante es de rigor durante la ausencia del marido, el cual á su regreso manda y protege al joven, espera de él la deferencia del hermano menor... Hermano menor. En efecto, entre los thlinkets y los koloche, aliados de los aleutas, el caballero sirviente debe ser hermano, ó por lo menos pariente próximo de la familia del jefe. El koyanga sorprendido en adulterio, viene obligado á pagar, como en Inglaterra, una indemnización al marido; pero si él es de la familia, tendrá que someterse á las órdenes del amo y á las de la esposa, con lo cual la unión será legítima en adelante. Si el esposo thlinket, en esas condiciones, tiene la desgracia de morir, el llamado hermano viene obligado á casarse con la viuda, y para ayudante tomará á otro «hermano».

¿Qué te parece, lector? ¿No tenemos aquí la llave del chichisveato, institución extravagante, reprobada como inmoral, pero que nadie ha explicado? El chichisveo es un levirato. Su función es una supervivencia de las antiguas «hermandades» poliándricas, cuyas huellas se encuentran entre otros esquimales, y que se estudian en pleno vigor en Ladak, en el Tibet, en Malabar y varias otras comarcas que quedaron fuera de las grandes vías de comunicación internacional.

En esas condiciones matrimoniales, las querellas no son frecuentes. Sin embargo, los partos difíciles se con-

sideran como castigo á una conducta demasiado irregular. Los maridos de Aleutia, bonachones á pedir de boca, no tienen tan mal gusto como sus vecinos geográficos los korjaks, los cuales obligan, según Kraschenikof, á sus mujeres á afearse é ir más sucias que de ordinario, con objeto de no incitar ningún deseo ilegítimo. ¿Virtud á tan caro precio obtenida, obtenida al precio de la repugnancia, puede ser virtud?

Viudos y viudas se encierran en la obscuridad durante cuarenta días. La viuda, durante el luto, es considerada como impura, y encerrada en una cabaña particular en donde los alimentos le son entregados reducidos en pequeños fragmentos, porque ella no debe tocar nada con su mano desnuda (Venjaminof). Se teme evidentemente que, por su mediación, la muerte haga presa sobre los vivos. El polígamo lega un luto más severo á aquella de sus esposas que más tiempo ha vivido con él, á aquella, sobre todo, cerca de la cual morirá.

Nosotros preferiríamos terminar aquí este asunto, pero el celo por la verdad nos lleva á añadir que estos primitivos llegan en su ignorancia del mal hasta la inmoralidad, y que su inocencia, verdaderamente excesiva, se confunde con el vicio. Nótese que los testigos de cargo son para todos muy favorables á este pueblo, al cual no regatean la admiración en más de una circunstancia. ¿Un hijo de cara hermosa se muestra gracioso de continente? La madre no le permite alternar con

los camaradas de su edad, y lo educa y cría como á una hija; todo extranjero se engañaría; y á los quince años se le vende por una suma importante á cualquier rico personaje. Los «choupau» ó adolescentes de esta especie son muy buscados por los konyagas (Ross). En cambio, se encuentra aquí y allá, por entre la población, y notablemente entre los yokou, jóvenes hembras que se niegan al casamiento y la maternidad. Cambiando de sexo, por así decirlo, esas Amazonas viven como hombres, adoptan los ademanes y costumbres viriles; corren tras el ciervo, no retroceden en la caza ante ningún peligro, ni en la pesca ante ninguna fatiga.

Los jóvenes guapos de que hemos tratado, se consagran voluntariamente al sacerdocio, y, marchita la juventud, entran en las órdenes, costándoles así mucho menos llegar que á sus cofrades. En todos los tiempos hubo afinidad entre el onanista y el servidor de los altares, entre la prostitución y la *palacidad*. En los templos del antiguo Oriente, el vasto y majestuoso santuario parece haber estado poblado de capillas floridas, de tocadores perfumados, donde anidaban sobre blandos lechos los Atis y las Combleza, gracioso Eliacin, encantadores Adonis, que vacaban en los placeres de los dioses, es decir de sus ministros, hasta que plenamente iniciados en los ritos sagrados, llegaban á ser, á su vez, jefes de culto y encargados de los misterios. El hierofante gustaba de hacerse servir por los hierodulos y las bayaderas. El hetarismo ha nacido á la sombra de los altares. «Casi todos los hombres, dice Herodoto (*Euterpe*), se mezclan con las mujeres

en los edificios sagrados, excepto los griegos y los egipcios.

¿Excepto la Grecia? ¿Y qué pasaba en Corinto? ¿Excepto el Egipto? ¡Y Bubastis y Naucratis! ¡Y Afrodita de Abidos, que llevaba el nombre significativo de *Porné*! Por eso Juvenal se permitía preguntar: «¿Cuál es el templo donde no se prostituyen las mujeres?»

En Jerusalén, el rey Jorías destruyó en el templo de Jeováh las celdas que habitaban los afeminados y las mujeres que tejían las tiendas de Ashera. Se saben los prodigiosos desbordamientos que tenían lugar en los «verdes bosquecillos» y los «altos lugares» de la «Gran Diosa». La costumbre estaba tan arraigada que en la gruta de Belem, lo que antes se hacía en nombre de Adonis, se hace hoy por los peregrinos cristianos en nombre de la Virgen María; y los hadjis musulmanes hacen lo mismo en el santuario de la Meca; á las pagodas, «sentinas de vicio», acuden las mujeres estériles, hecho el voto de entregarse á un número determinado de libertinos; otras, para dar á la diosa de la comarca pruebas de su veneración, se prostituían en público, en las puertas mismas de la casa divina. Las sacerdotisas de Fuidah educan á las hijas de las familias más distinguidas, y, después de pruebas rigurosas, hacen de ellas cortesanas, instruídas en las artes de la voluptuosidad. En Borneo, el dayak que se hace sacerdote toma nombre y vestidos femeninos, se desposa simultáneamente con un hombre y una mujer: el primero, para que le proteja y le acompañe en público; la segunda, para que le procure distracciones...

Volvamos á nuestros aleutas. En cuanto la ordenación ha sido conferida al levita, tan pronto como el *choupau* ha cambiado en *augakok*, la tribu le confía sus hijas más á propósito para las gracias del cuerpo y del carácter; él completará la educación de las jóvenes, las perfeccionará en la danza y otras cosas alegres y, por fin, las iniciará en los placeres del amor. Si se muestran inteligentes, llegarán á ser curanderas, sacerdotisas y profetisas. Los kachims de verano, inaccesibles á las mujeres ordinarias, se abrirán de par en par para ellas. Están persuadidos que á esas jóvenes sería peligroso galantearlas, no habiendo sido purificadas por el comercio de un hombre de Dios. — ¡Buenas gentes! ¡Y se ha dicho de ellos que carecían de religión!...

Los inoítas, tanto ó más religiosos que cualquier otro pueblo, reverencian á los espíritus de las rocas y de los cabos, de los glaciares, de las colinas y los islotes de hielo; presentan sus respetos á toda cosa desconocida ó peligrosa. Su chamanismo ó teoría mágica, es idéntica en substancia á la doctrina profesada por las poblaciones de Asia y América septentrional; ha sido desenvuelto en la sucesión del tiempo tan admirablemente, que la institución de los *poulik* de los angakout (brujos, hechiceros) y los *jossakids*, forma, con las doctrinas y tradiciones que la acompañan, el lazo moral de las tribus esparcidas sobre inmenso territorio.

Todo el mundo no es apto para el santo ministerio;

para llegar á ser angakok es necesario una vocación bien determinada, una carrera especial, un temperamento que no todos poseen. Los sacerdotes en funciones no reclutan sus discípulos al azar; los eligen de temprana edad, niños ó niñas, pues el sexo no importa; en esto demuestran más inteligencia que otros sacerdotes. Se han visto dirigirse á matrimonios particularmente calificados, solicitándoles la procreación de hijos elegidos, empezando la formación del futuro sacerdote antes de estar concebido, por una educación apropiada y un tratamiento especial. El padre y la madre del futuro hechicero ayunarán con frecuencia y prolongadamente, buscarán ciertas carnes y rechazarán otras en su alimentación, suplicarán á sus antepasados envolver al pequeño retoño con sus solicitudes. Luego después de nacida la pequeña criatura, será rociada con orina, la impregnarán de su olor característico; es su agua bendita. En otras partes, la barba, la cabellera, la persona toda de los reyes y sacrificadores son untadas con aceites, conservados en santas redomas; en otras regiones se les embadurna y fricciona con boñiga, cuidadosamente esparcida. Cada cual su gusto. Se requiere que el pequeño no sea como todo el mundo, que por sus gestos y actitudes se anuncie como amasado con pasta distinta del resto de los mortales; pues él tendrá como principal título: el que ha sido puesto aparte (*¡sacer esto!*). Modelado por las abstinencias y prolongadas veladas, por la dureza y la privación, es preciso que aprenda á soportar estoicamente el dolor, á dominar sus necesida-

des físicas, á hacer que el cuerpo obedezca sin protesta las órdenes del espíritu.

Los profanos son habladores, él será taciturno, como conviene á los profetas y recitadores de oráculos. Desde muy joven el novicio frecuenta las soledades. Se pasea errante durante las noches (1) al través de llanuras silenciosas que la luna alumbra con su fría blancura; escucha el gemido del viento sobre el tímpano desolado. En el ancho mar, como un rebaño de osos blancos en busca de aventuras, avanzan retozones con la cabeza gacha; oye el crujir de sus dientes, el arañar poderoso de sus garras. Sobre el Océano negro, bajo el cielo fúnebre, flotan glebas de hielo, pesados montones de nieve; nadan las colinas de hielo como diamantes gigantes, caminan enormes masas heladas, masas sombrías, veteadas de glaucas transparencias, con vagos resplandores opalinos tembloteando alrededor; espectáculo de ultratumba; magnificencias dignas de otro planeta, como se verán tal vez en Urano ó Saturno: las auroras boreales ocasión buscada para «hartarse de luz», como dice Bastián, pues es preciso penetrarse de todos los resplandores y de todos los esplendores. Triste y abatido, presa de doloroso éxtasis, el joven contempla los gloriosos combates, las grandes batallas de los espíritus en los campos del aire, cuando torrentes de electricidad surgen del cielo incandescente, se desbordan los géysers de chispas y las fuentes de colores magníficos; los relámpagos en rayos sangrientos surcan

(1) Por lo mismo los polinesios llaman á sus sacerdotes *paseantes de noche* (Moerenhout).